

Portada

08

ABC cultural

SÁBADO, 20 DE NOVIEMBRE DE 2010
abc.es

Tolstoiana. Numerosos títulos recuperan a Tolstói. Además de reediciones, coinciden en nuestras librerías sus diarios, sus memorias de infancia, adolescencia y juventud, y la biografía que le dedica Wiesenthal

La herencia de Tolstói

Vivió por y para la literatura, retrató el alma rusa, se reencarnó en cada uno de sus personajes y murió invocando la verdad. Los libros de y sobre Tolstói presiden hoy las mesas de novedades

En 1909, un año antes de la muerte de Tolstói, dos cameramen enviados por Edison arribaron a su residencia de Iásnaia Poliana. Quedó para la posteridad el documental *Tolstói vivo*, sobre el hombre que abdicó de su clase aristocrática. El patriarca de las letras rusas hizo testamento: renunciaría a sus propiedades y derechos de autor. En las secuencias de celuloide, su esposa Sofía sonríe a la cámara contrarrestando el rictus sombrío de aquel octogenario barbudo que todavía cabalgaba con agilidad y que hizo de su vida camino de perfección.

El 28 de octubre de 1910 le escribirá a Sofía: «Mi partida te afligirá. Lo lamento, pero entiéndeme y créeme que no podía hacer otra cosa. Mi situación en casa se vuelve, se ha vuelto insostenible. Además de todo lo demás, no puedo seguir viviendo en estas condiciones de lujo en las que he vivido hasta ahora, y hago lo que suelen hacer los ancianos de mi edad: se retiran de la vida mundana para vivir en paz y soledad los últimos días de su vida». Es *El viejo León* (Edhasa), retrato literario de Mauricio Wiesenthal sobre el alma rusa y guía práctica tolstoiana.

En los últimos meses de su vida, Tols-

tói se sentía espiado por su mujer, que registraba cajones y armarios en busca del testamento que la desposea del patrimonio familiar. «La persecución a la que se veía sometido era tan angustiada -apunta Mauricio Wiesenthal- que comenzó a escribir un *Diario para mí solo* en el que podía confesar libremente su soledad y desesperación.»

Complejo entorno familiar

Su postrera huida le llevó hasta *La última estación* (RBA), donde Jay Parini recrea los años más tumultuosos del matrimonio Tolstói, a partir de la correspondencia y los *Diarios* del escritor, espléndidamente vertidos al español por Selma Ancira para Acantilado. Los *Diarios* de Sofía (Alba) traslucen el desasosiego de la relación conyugal. En 1928, Tatiana Tolstói radiografió en *Sobre mi padre* (Nortedur) su complejo entorno familiar. ¿Qué significó el matrimonio para Tolstói? «Una página de amor, un medio de poner fin a las tentaciones que le asaltaban; una etapa en su vida a la que no podía dedicar todas sus fuerzas espirituales y mentales...».

Wiesenthal recorre Iásnaia Poliana y acaricia el teclado de la Remington 10, la máquina en la que Alexandra tecleaba los

textos del viejo León: reconstruye las últimas horas del hombre enfebrecido que cayó vencido por la pulmonía en el cuarto del jefe de estación de Astapovo: le acompaña Alexandra. El 7 de noviembre de 1910 (20 de noviembre de nuestro calendario), el fugitivo expira en presencia de Alexandra, Tatiana y Sofía. Sus últimas palabras son: «Amo la verdad... mucho. Amo la verdad».

Quedan lejanos los días en que Tolstói fue *El esposo impaciente* (Alfaguara) que la florentina Grazia Livi evoca en la urgente pasión del noviazgo. Un exitoso escritor de treinta y cuatro años que sedujo a Sofía Behrs, dieciséis años más joven, delicada flor aristocrática: «Intentó convencerla para que se volviera diligente, para que fuera auténtica, para que abandonara los pasatiempos de su ambiente, para que se pasiera las medias ella sola, para que hiciera cada noche examen de conciencia...». Todo un programa de vida, exigente, obsesionado por la autocrítica y la confesión.

Campo de batalla

En los años de *Guerra y paz* (El Aleph-Del Taller de Mario Muchnick), iraducida del ruso por Lydia Küper, Tolstói convirtió sus manuscritos en campo de batalla donde seiscientos personajes pugnaban por vivir. Una épica que revive en *Hadji Murat* (La Otra Orilla), o la lucha de un jinete caucásico contra el zar Nicolás I. Épica que tendrá de contrapunto la no violencia que comparte con Gandhi, subrayada por Romain Rolland en *Vida de Tolstói* (Acantilado). O la cadencia hindú de *Karma* (Gadir), fábula popular sobre el bien y el mal.

Cristianismo, afinidad con los *mujiks* y crítica radical contra la sociedad hipócrita y acomodaticia de la que pretende escapar con sus personajes. Las primeras líneas de *Anna Karénina* (Alba) grabadas para la Historia de la sinceridad introspectiva: «Todas las familias felices se parecen, pero las infelices lo son cada una a su manera...». Como demuestran sus *Memorias* de infancia, adolescencia y juventud (Bac-klist), el Tolstói que las interrumpe en 1857 se reencarnará en cada trasunto literario. Como señaló Stefan Zweig, su obra es el fruto de un «apasionado autobiógrafo».

*Murats a 84.
Eyo. Tiana
ko cobanuy.
de uboy sa
zora sifeday
de shoy afidya
me kuy, kobu*

Cuando unas décadas después de la muerte de Tolstói se publicaron sus obras completas, ocuparon noventa tomos; treinta y dos estaban dedicados a su correspondencia. Arriba, detalle de una de sus cartas, fechada en 1895



Un novelista sin

Los clásicos rusos vuelven con algunos inéditos y nuevas traducciones directas. Dostoievski, Chéjov, Pasternak o Aksiónov invitan a ser leídos otra vez. Y hoy se conmemora el centenario de la muerte de Tolstói, quien se debatió entre el arte y la moral, sobre todo cuando escribió *Hadji Murat*. En 2011 se celebrará el Año de Rusia en España. Por Juan Gabriel Vásquez

LA ESCRITURA, en particular la literaria, es francamente nociva para mí desde un punto de vista moral", escribe Tolstói en su (alarmante) diario de vejez. En la misma entrada confiesa haber sucumbido a un deseo de gloria mientras escribía *Amo y criado*; por suerte, añade enseguida, ya ha "comenzado a despertar moralmente". Era el 18 de marzo de 1895. A Tolstói le quedaban quince largos años de vida durante los cuales siguió despertando moralmente, lo cual equivalía a escribir menos ficción y a despreciarla —y despreciarse— cada vez que la escribía. Tiene que ser una de las grandes paradojas del arte que en esos años de decrecimiento artístico, de total escepticismo sobre el poder de la ficción, saliera de su pluma una de las grandes ficciones de todos los tiempos: *Hadji Murat*.

El origen de la novela consta en otra entrada del diario, la del 19 de julio de 1896. Tolstói caminaba por un campo de tierra negra en Pirogovo, más bien lejos de su residencia de Yásnaia Poliana, cuando se topó con una mata de cardo con tres retoños. En la traducción de Selma Ancira: "Uno estaba roto y de él colgaba una sucia flor de color blanco; otro también estaba roto y salpicado de barro, negro, el tallo partido y sucio; el tercer retoño brotaba transversalmente, también estaba negro de polvo, pero todavía vivía, y hacia la mitad tenía un color rojizo. Me hizo pensar en Hadji Murat. Me gustaría escribir al respecto. Defiende su vida hasta el final y, solo, en medio del vasto campo, como puede, logra defenderla victoriosamente".

El adverbio me parece un exceso: es difícil decir de alguien que defendió su vida victoriosamente cuando su cabeza degollada acabó recorriendo todos los pueblos del Cáucaso como ejemplo para otros guerrilleros, o más bien como disuasión. Pero es cierto que Hadji Murat —aquel rebelde musulmán que fue uno de los más temidos resistentes al afán expansionista de Nicolás I— murió con heroísmo, y sobre todo es cierto que el final de su vida, en 1852, sirvió de materia prima a una maravilla literaria. "El mejor relato del mundo", exageró famosamente Harold Bloom. Yo acabo de volver a leerlo, y lo he hecho con tanta fascinación (y mucho más entendimiento) como la primera vez, hace once años, cuando el estallido de la segunda guerra de Chechenia convirtió esta novela de un siglo de edad en un documento más actual que cualquier diario.

Hadji Murat, esa extraordinaria metáfora de la resistencia, fue el último relato de entreguerra que escribió Tolstói. Sus ciento cincuenta páginas le tomaron ocho años; supongo que es lícito preguntarse por qué un hombre capaz de escribir las mil páginas

de *Guerra y Paz* en seis años necesita dos más para escribir ochocientos cincuenta menos. La respuesta es: si ser novelista es difícil, es más difícil ser santo. Y eso era Tolstói, un santo en la Tierra, una iglesia de un solo hombre. Como toda iglesia, había llegado a detestar el sexo, que le parecía un obstáculo para el amor; como toda iglesia, había llegado a la conclusión de que no hay vida posible fuera de la fe ("sin la conciencia de Dios", escribe en su diario, "no puede haber una concepción razonable del mundo"); como toda iglesia, había llegado a considerar la desgracia personal como una bendición. Las páginas que siguen a la muerte de su hijo Vaniéchka son espeluznantes: "Enterramos a Vaniéchka. Terrible. No, terrible no, un gran acontecimiento espiritual. Te doy las gracias, padre. Te doy las gracias". Finalmente: como toda iglesia, había llegado a desconfiar de la literatura de ficción.

Así que los lectores de *Hadji Murat* tenemos que lidiar antes que nada con esta con-

no inglesa. ¿Cómo es eso posible? Respuesta: en Tolstói, como en Shakespeare, el ego del moralista nunca suprimió el instinto del artista. O mejor: el artista resistió a cada embate del moralista. Quizás es esto lo que queremos decir cuando decimos que las mejores novelas son siempre más inteligentes que sus autores. El asesinato de la vieja usurera por Raskolnikov nos horroriza a todos, pero ningún lector de *Crimen y castigo* ha dejado de sentir por un breve instante que entiende al estudiante, que sabe por qué la ha matado. Así todas las grandes ficciones. Así, por supuesto, las grandes ficciones de Tolstói. Así *Hadji Murat*.

Pasear por su diario de esos años, los años de la escritura de *Hadji Murat*, es asistir a un pulso librado entre el artista y el moralista, una especie de combate cuerpo a cuerpo donde sólo uno de los dos puede quedar de pie. Tomemos el año de 1896, cuando Tolstói comienza a escribir la novela. El 23 de enero anota: "Una verdadera obra de arte —la que transmite— sólo es posible cuando el artista busca, intenta". Ésta es la moral del novelista genuino, para quien la novela es un instrumento de inquisición, de averiguación. Pero un mes después, con la moral del líder-del-rebano, con la moral del puritano o del predicador, escribe: "Sólo existe un arte y consiste en aumentar las alegrías inocentes de todos, accesibles a todos, el bienestar del hombre. Un edificio bello, un cuadro festivo, un canto, un cuento brindan una felicidad menor; la incitación a un sentimiento religioso de amor por el bien que produce un drama, un cuadro, un canto, brinda una felicidad mayor".

Sigamos. El 17 de mayo Tolstói escribe: "El objetivo principal del arte, si existe el arte y si tiene un objetivo, es manifestar, expresar la verdad sobre el alma humana, expresar aquellos secretos que la palabra sencilla no puede expresar". Pero el 30 de julio parece otro el que escribe: "El placer estético es un placer de orden inferior. Y por esto aun el mayor placer estético nos

deja insatisfechos. E incluso, mientras mayor sea el placer estético, mayor es la insatisfacción que nos deja. Solo el bienestar moral puede producir una satisfacción plena". Las entradas de esos días están plagadas de referencias a la obligación de accesibilidad del arte: es arte lo que es comprensible a todos, dice Tolstói, y no es arte lo que no queda inmediatamente claro. Pero yo los reto a ustedes a encontrar en *Hadji Murat* una conclusión nítida y precisa sobre cualquier cosa. No la hay: a Tolstói, como quería Flaubert, se le siente en todas partes pero no se le ve en ninguna. En algún momento comparó sus intenciones con un invento inglés que acababa de descubrir: el *peep-show*, un lente por donde pasan distintas imágenes



parciales de un mismo objeto. Lo mismo quería hacer con *Hadji Murat*: presentarlo como marido, como fanático, como guerrero. El hombre que tiene esas miras, que actúa con neutralidad cervantina frente a su criatura, no puede ser el mismo que condena las obras de arte como mero divertimento para gente acomodada, o que escribe a comienzos de 1897: "El daño que hace el arte, el daño principal, es que ocupa el tiempo e impide a los hombres ver su ociosidad".

Se trata de una verdadera esquizofrenia literaria. Al mismo tiempo que Tolstói compone *Hadji Murat*, quejándose de que no encuentra el tono, imaginando las posibilidades de su criatura, desprecia la actividad

Tolstói con mano propia y ajena

Hadji Murat. Traducción de Irene y Laura Andresco Kuraitis. La otra orilla. Barcelona, 2010. 240 páginas. 15 euros.

Anna Karénina. Traducción de Víctor Gallego. Alba. Barcelona. 1.008 páginas. 44 euros.

Guerra y paz. Traducción de Lydia Kúper. El Aleph / Del Taller de Mario Muchnik. Barcelona. 1.900 páginas. 39,90 euros.

Memorias. Infancia
Memorias. Adolescencia
Memorias. Juventud
Planeta. Barcelona. 21 euros.

Diarios (1847-1894).
Diarios (1895-1910). Edición y traducción de Selma Ancira. Acantilado. Barcelona. 508 / 584 páginas. 27 / 33 euros.

La tormenta de nieve.
Traducción de Selma Ancira. Acantilado. 75 páginas. 10 euros.

El reino de Dios está en vosotros (más correspondencia entre Tolstói y Gandhi)

Traducción de Joaquín Fernández Valdés Roig-Gironella. Kairós. Barcelona. 430 páginas. 20 euros.

Relatos de Yásnaia Poliana (Cuentos para niños y el prisionero de Cáucaso)

Traducción de Sara Rodríguez. Rey Lear. 149 páginas. 10,95 euros.

Diarios (1862-1919). Sofía Tolstói. Selección, traducción y notas de Fernando Otero Macías y José Ignacio López Fernández. Alba. 650 páginas. 32 euros.

Sobre mi padre. 1928
Tatiana Tolstói. Traducción de Julia Escobar. Nortesus. Barcelona, 2010. 125 páginas. 13 euros.

Vida de Tolstói
Romain Rolland. Traducción de David Stacey y Selma Ancira. Acantilado. 239 páginas. 19,50 euros.

tradición molesta: aquella puesta en escena de la lucha del hombre contra las fuerzas colectivas, sin duda uno de los más altos elogios del individuo jamás escritos, fue escrita por un hombre que había dejado de creer en el individuo y, correlato necesario, en esa emanación de la individualidad que es el arte. Durante sus últimos años Tolstói llegó a despotricar contra Beethoven, culpándolo de la decadencia de la música contemporánea, y llegó a escribir un pequeño volumen demostrando que Shakespeare era un elaborado fraude, y todos los que durante siglos lo habían admirado, meros ingenuos; todo eso, claro, al mismo tiempo que creaba uno de los únicos personajes genuinamente shakespearianos de la literatura



fe en la ficción

El escritor ruso León Tolstói (1828-1910) juega al ajedrez con su yerno Mijail Segeievitch Suchotin, rodeado por su mujer, sus dos hijos y otros miembros de la familia. Foto: Popperfoto / Getty Images



de la creación y elogia a la clase trabajadora por no haber caído en el engaño de la creación estética. El 14 de octubre de 1897 anota, con paciencia de artesano, algunos detalles que se le han ocurrido para *Hadji Murat*: la sombra de un águila que corre por el flanco de una montaña, las huellas sobre la arena de fieras, caballos y hombres, el resoplido de los caballos al entrar en el bosque, un macho cabrío que aparece de un salto desde detrás de una mata de aliaderna. Son los detalles que traen la historia a la vida, y dan fe de que el talento de Tolstói para la evocación de un mundo físico vívido y potente no había desaparecido. ¿Cómo reconciliar a este hombre con el que escribe que Boccaccio es el comienzo del arte inmoral, o

que lee *La dama del perrito*, el cuento de Chéjov que hoy nos parece una de las cimas del género, y despotrica contra él porque considera que no ha elaborado una concepción del mundo "capaz de distinguir el bien del mal"?

Sea como sea, el resultado está ahí: la historia de *Hadji Murat* sobrevivió, ha seguido sobreviviendo. Tolstói la terminó sin entusiasmo mientras escribía, con entrega total, otras cosas: su pequeño tratado sobre el arte, su *Confesión* —un verdadero ajuste de cuentas con la Iglesia rusa ortodoxa, que lo excomulgó después y hasta el día de hoy no lo ha recibido de nuevo en su seno—, y también la novela *Resurrección*, que es una gran obra literaria pero que no le llega a los

tobillos a la historia del rebelde musulmán. Mientras tanto seguía dividido: por un lado, agobiado por ideas fijas sobre la religión y su papel en ella, sobre los defectos de la mujer (la culpaba de todos los desastres del mundo contemporáneo), sobre la cultura (que sólo florece, decía, cuando no hay moral); por el otro, lleno de dudas. Pues bien: la duda es la provincia del novelista. El 19 de diciembre de 1900 Tolstói escribe: "El artista, para poder influir en los demás, debe buscar; su obra ha de ser una búsqueda. Si ya lo ha encontrado todo, si lo sabe todo y adoctrina o se divierte deliberadamente, no ejerce ninguna influencia. Sólo si busca, el espectador, el oyente, el lector se unirán a él en su búsqueda".

Tenía razón. Aquí estamos nosotros, más de cien años después, buscando con Tolstói. Algunas cosas hemos encontrado, muchas felicidades nos ha dado el hecho mismo de buscar. Y cuando nos sentimos confundidos, desorientados, sacamos *Gueerra y paz*, sacamos *Ana Karenina*, sacamos *La muerte de Iván Ilych*, sacamos *Hadji Murat*, y esas ficciones son lo más cerca que estamos, o que estoy yo, del sentimiento que otros llaman religioso, porque siguen enriqueciendo mi noción de la humanidad y mi respeto por esta vida inmensamente varía que nos ha tocado en suerte, esta vida tan múltiple y compleja que no la podríamos entender sin la ayuda de quienes la han contado. •



En el aniversario de la muerte del 'más verdadero de todos los artistas'

El secreto de TOLSTÓI

¿Por qué el autor de 'Guerra y paz' sigue conquistando el corazón de sus lectores?

DOMINGO MARCHENA
Barcelona

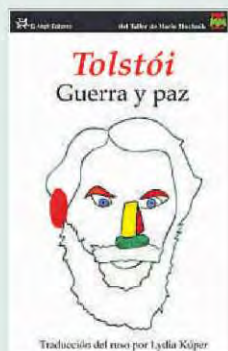
Estén atentos porque van a intentar engañarles. Les dirán que el 20 de noviembre de 1910, una fecha de la que justo hoy se cumple un siglo, murió Lev Tolstói, a los 82 años. Pero el viejo León no ha muerto. Tiene la clave de la inmortalidad, como atestiguan las novedades y reimpressiones que con motivo de tan mágica ocasión inundan las librerías.

No hay editorial, grande o pequeña, que no haya quitado el polvo a su catálogo y lanzado "ediciones conmemorativas". Entre todos esos títulos destaca la reimpression de la traducción al castellano más ambiciosa de *Guerra y paz*, "la mejor novela jamás escrita", según le dijo Eduardo Mendoza a Mario Muchnik, y la publicación en catalán de una perla poco conocida, *Destí d'una dona de poble*, escrita por la cuñada del gran autor ruso, Tatiana Kuzmínskaia, pero bajo una tutela y supervisión tal que se podría hablar de un libro a cuatro manos.

Generaciones y generaciones de lectores apasionados por Tolstói, a quien Stefan Zweig consideraba "el más verdadero de todos los artistas", han tratado de averiguar su secreto. ¿Por qué su escritura sigue fascinando hoy como ayer? ¿Cómo puede lograrlo además alguien que no se dedica a la literatura en papilla, y que aún la reflexión filosófica, la profundidad psicológica y la brillantez narrativa? ¿Qué misterioso resorte le permite sortear el undécimo mandamiento de los editores, ese que aconseja no pecar con obras muy voluminosas? La monumental *Guerra y paz* que Mario Muchnik acaba de reeditar, con su sello de El Aleph Editores, tiene 1.900 páginas y pesa 1.854 gramos. Casi dos kilos de oro.

Tolstói escribió un diario prácticamente toda su vida. Al acabar una entrada, ponía la fecha del día siguiente y tres enigmáticas letras, "s.e.v.". Su rostro era el de un campesino, como él mismo decía. En su madurez, cuando viaja-

Dos tesoros...



GUERRA Y PAZ
El Aleph Editores

La cuidadísima traducción de Lydia Kúper, el epílogo y la deliciosa relación del editor Mario Muchnik con este libro, a la manera de anexo final, encandilarán al lector.



DESTÍ D'UNA DONA DE POBLE
Pagès Editors

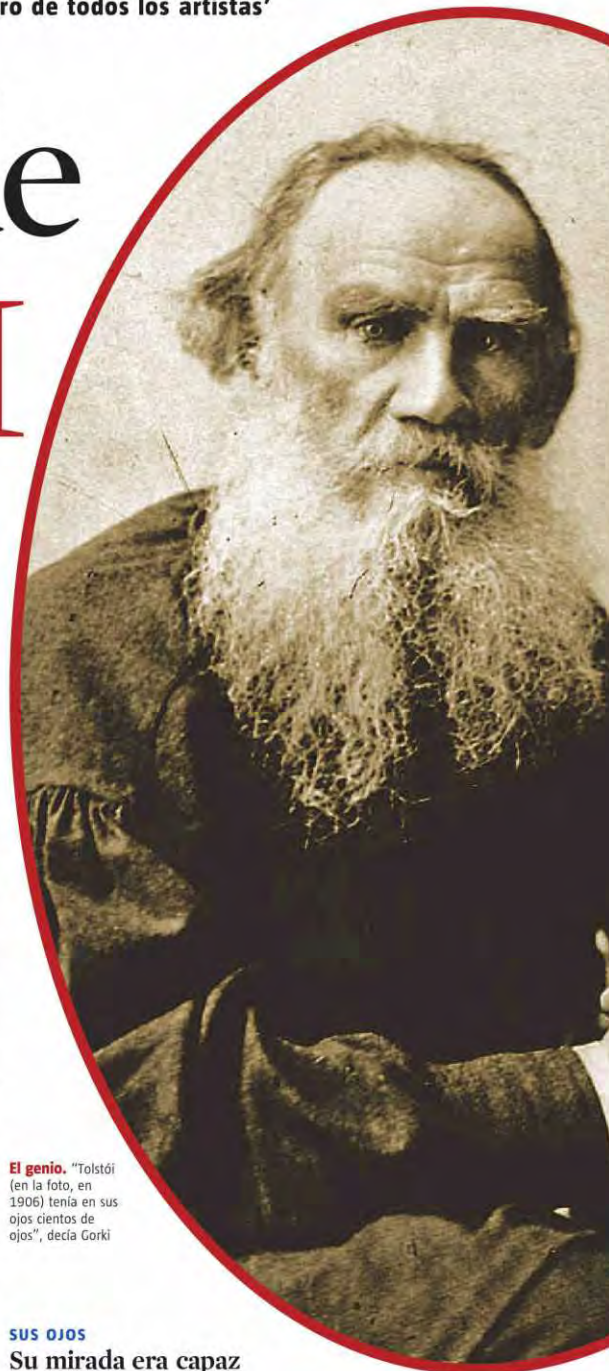
El primer sello que editó en España a Boris Pahor se apunta otro tanto traduciendo por primera vez al catalán esta obra poco conocida, tutelada y corregida por Tolstói.

ba en el pescante de un carruaje no se sabía quién era el cochero y quién el conde. Pero su mirada, ¡ah, su mirada! "Ante sus ojos no se podía mentir", decían Turguev y Gorki. Otro novelista, Iván Bunín, afirmaba que tenía "una mirada de lobo". Esos ojos, que magistralmente ha captado el pintor Eduardo Arroyo para la portada del libro de Muchnik, apenas explican una parte de su secreto.

Porque su visión no sólo era la de un genio, sino sobre todo la de un trabajador infatigable, perfeccionista hasta la extenuación. Antes de la redacción final de *Guerra y paz*, realizó siete versiones, que de vez en cuando algún editor exhuma como material inédito. Para narrar la desastrosa invasión napoleónica de Rusia, recorrió a caballo y en tren miles de kilómetros, tomó infinidad de notas, revolvió en archivos y buscó ex combatientes. Su minuciosa clarividencia le permitió analizar los estragos de la guerra mejor que el mejor de los historiadores.

Nada se le escapó. Las estrategias militares, las carnicerías de las batallas de Smolensk o Borodino, el incendio de Moscú y el trágico paso del río Berezina, cuando la debacle de Napoleón era ya imparable y su única inquietud consistía en volver a París. Así lo reconocen autoridades como los historiadores británicos David Chandler y Andrew Roberts o el estadounidense Adam Zamoyski. Tolstói no se limitó a una narración épica. Supo iluminar y aclarar episodios sobre los que otros autores han edificado casi una leyenda, como el citado cruce del Berezina, que nadie ha explicado con más objetividad que él.

La suya no es una historia maniquea, de buenos contra malos, ni condescendiente con los poderosos. Cuando el príncipe Andrei Bolkonski es herido en el campo de batalla y lo llevan ante los médicos, pasando por delante de otros muchos soldados agonizantes, uno de ellos exclama: "Hasta en el otro mundo sólo vivirán los señores". A Tolstói le preocupan los pobres de uno y otro bando, "instrumentos inconscientes de la historia", "soldados que co-



El genio. "Tolstói (en la foto, en 1906) tenía en sus ojos cientos de ojos", decía Gorki

SUS OJOS

Su mirada era capaz de desnudar el alma, de ver allí donde para otros había oscuridad

escribió *Guerra y paz* en estado de gracia o con una criatura sobrenatural dictándole al oído, no ser porque no fue un maestro de un único fognazo, como el Juan Rulfo de *Pedro Páramo* y *El llano en llamas*. Él derrochó su don a raudales y todavía le quedaron energías para escalar otro Everest de las letras, la colosal *Ana Karenina*. Y en medio de tan titánica tarea, de esos partos que debían dejarle exhausto, nunca faltaba un alto en el camino para su diario. Y para su misteriosa e invariable invocación, "s.e.v".

Una visión aguda, que podía alumbrar la oscuridad o desnudar el alma, y una capacidad de trabajo excepcional. ¿Es ese todo



SÁBADO, 20 NOVIEMBRE 2010

CULTURA

LA VANGUARDIA 45

UNA VENTANA ABIERTA AL MUNDO



"Cualquier obra de arte alcanza únicamente su grado más elevado en cuanto se olvida su gestación artificial y se siente su existencia como una realidad.

En el caso de Tolstói, esta noble ilusión se consume con mucha frecuencia. Sus obras nos parecen tan auténticas que uno casi no se atreve a sospechar

que esos relatos sean producto de una fábula, ni que sus personajes sean inventados. Leyéndolas, cualquiera creería no haber hecho otra cosa que

mirar al mundo real a través de una ventana abierta".

STEFAN ZWEIF (1881-1942)
Tres poetas de sus vidas.
Casanova. Stendhal, Tolstói (Planeta)



SUS MANOS

Perfeccionista hasta la extenuación, tenía una capacidad para el trabajo sobrehumana

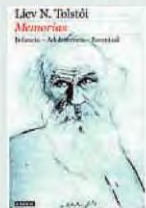
su secreto? En absoluto. Cuando no se ciñe a sucesos históricos, su literatura es atemporal y ahí radica otro de sus grandes méritos. Tampoco necesita millares de hojas para emocionarlo y conseguir lo que los andaluces llaman "el pellizco". Las 70 páginas de su *Tormenta de nieve*, al igual que la mayoría de sus magistrales relatos cortos, son como la visión fugaz de un amor no correspondido, como la caricia de una ola que se retira. Aprovechando los versos de otro autor que también está de centenario, Miguel Hernández,

... y cuatro joyas



LA TORMENTA DE NIEVE
Acantilado

Una de las muchas obras del genio ruso —también brillante en las distancias cortas— que se han reeditado por estas fechas. Toda su maestría condensada en 70 páginas.



MEMORIAS
Planeta

Es difícil establecer los límites entre los recuerdos del escritor y su obra de ficción. Este tomo, escrito entre 1851 y 1857, resulta de gran ayuda.



EL VIEJO LEÓN
Edhasa

Estupenda biografía literaria del catalán Mauricio Wiesenthal, cuyo lema es: "No creo en un libro si no lleva dentro el corazón de su autor".



EL ESPOSO IMPACIENTE
Alfaguara

Una novela de Grazia Livi sobre el matrimonio Tolstói. Un consejo, léala y luego vea la película *La última estación*, de Michael Hoffman.

TRES MIRADAS SOBRE EL MISMO DRAMA



Los restos de la Grande Armée, según un cuadro de 1890 de Carl Röchling (1855-1920)

El ocaso de la 'Grande Armée'

Si los historiadores franceses han escrito y siguen escribiendo tanto sobre el Berezina se debe a que en esta ocasión, en los puentes hundidos de aquel río, los sufrimientos franceses, antes escalonados, se amontonaron de pronto en un espectáculo trágico que ha quedado grabado en la memoria de todo el mundo. Pero en realidad las tropas francesas se descomponían en una progresión matemática exacta desde su salida de Moscú. Aquel célebre paso no fue más que uno de los compases de espera del exterminio del ejército francés, y en manera alguna un episodio decisivo de la campaña".

LEV TOLSTÓI (1828-1910)
"Las banderas son telas y palos"
Libro IV, IV parte de "Guerra y paz"
(El Aleph Editores)

Fantasma andrajoso

Envueltos en sacos y con los pies liados en trapos nauseabundos. Así marchaba el reguero de fantasmas andrajosos que seguía a Napoleón. Coroneles y generales iban entremezclados con la tropa. Cuando se hundieron los puentes, algunas de las mujeres que acompañaban a los restos del ejército desde Moscú intentaron vadear el río. Medio sumergidas entre los témpanos de hielo, sostenían a sus hijos en lo alto hasta que las aguas las cubrían junto a sus pequeños. El aspecto de las divisiones que ganaron la otra orilla, reducidas a su esqueleto, había empeorado aún más, si es que ello era posible".

PHILIPPE DE SÉGUR (1780-1873)
Conde y oficial de la 'Grande Armée'
"La derrota de Napoleón en Rusia"
(Editorial Duomo)

Un río repleto de cadáveres

Varias salvas de la artillería rusa que seguía a la retaguardia francesa bastaron para que el pánico cundiera, pues todos trataban de abrirse camino a empujones y manotazos hacia los puentes. Los que aún tenían carros fustigaron a los caballos sin preocuparse de los cuerpos humanos que iban aplastando bajo sus ruedas. Miles de hombres fueron arrojados a las gélidas aguas desde los puentes (...) Pero todavía quedaba lo peor. Cuando los puentes ardieron, quien no murió abrasado, retorciéndose y gritando, se ahogó. El río permaneció semanas repleto de cadáveres congelados".

DAVID CHANDLER (1934-2004)
Una autoridad en historia militar
"Las campañas de Napoleón"
(La Esfera de los Libros)

de cuyo nacimiento se cumplieron cien años el pasado 30 de octubre, se podría afirmar que su legado es "bravo como el viento bravo, leve como el aire leve". No hay en Tolstói obras de aprendizaje ni grandes altibajos. *Los cosacos*, una de sus primeras novelas, ya tiene el brío de sus textos de madurez. Su genialidad sólo estuvo amenazada por el arrebatado religioso que le invadió en el tramo final de su vida, cuando "más que escribir, predicaba" (Mario Muchnik dixit). Por fortuna, no fue un paréntesis definitivo. Incluso después de esa travesía en el desierto que se inicia en 1899, con las consideraciones morales de *Resurrección*, el artista re-

nace y es capaz de relámpagos tardíos donde se intuye la misma luz, el mismo coraje creador. De esa época es *Jadzi Murat*, escrito así en la excelente traducción de Víctor Gallego de la editorial Nórdica. Este título ejemplifica como pocos la complicada transliteración de los caracteres cirílicos. En castellano se ha rebautizado como *Hadij Murad* (Alianza), *Khadji-Murat* (Destino), *Hadzi Murat* (Txalaparta) o *Hadij Murat* (tanto en Cátedra como en Belacqua, cuyo volumen es el más reciente). A Tolstói le preocupaba lo que dejaría tras su muerte. Esa muerte que, dicen, le atrapó un 20 de noviembre de 1910 (el 7 de no-

viembre, según el calendario juliano entonces vigente en Rusia). Con el fin ya próximo, quedó más claro que nunca su último secreto, el mayor de todos. Hubo una cosa que le preocupó más que ser un buen escritor. Ser un hombre bueno. En realidad, ese anhelo le acompañó toda su existencia, como se desprende de su diario. Por eso siempre ponía las misteriosas siglas "s.e.v." en la hoja en blanco que dejaba para el día siguiente. "Si estoy vivo". Y lo está. Es inmortal. Sigue vivo en sus libros y en el corazón de sus lectores.●